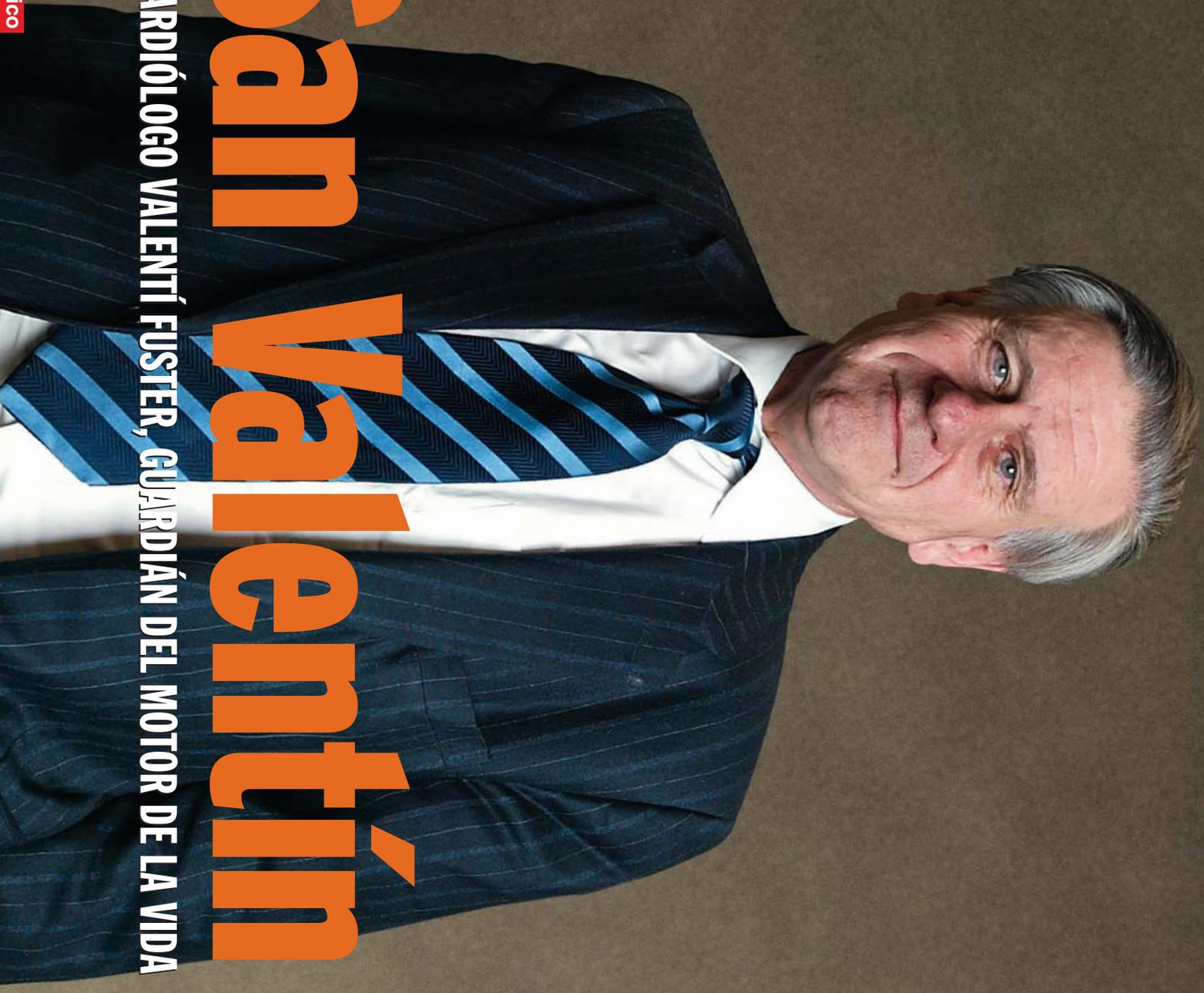


|dominical| |T2|02|06|



San Valentín

EL CARDIÓLOGO VALENTÍ FUSTER, GUARDIÁN DEL MOTOR DE LA VIDA

el Periódico

Y ADEMÁS: MEDIO SIGLO DE TELE La historia de un país en 625 líneas | EL OTRO BAGDAD Lujos en el infierno iraquí | SEXO Magüi Mira, eterna seducción | **14 DE FEBRERO** Ideas para sorprender a la pareja |

EN PORTADA

Apenas despuntean las primeras luces sobre el cielo de Nueva York cuando, en su despacho del Instituto Cardiovascular del Hospital Mount Sinai, **Valentí Fuster** organiza su jornada. Infatigable, prepara su regreso a España con la ilusión de un becario.

A corazón abierto

Texto **David Revelles** | Fotos **Diane Bondareff**

Son las cinco de la mañana y, como cada día, Valentí Fuster (Barcelona, 1943) planea la ronda de llamadas que durante varias horas hará personalmente a todos los pacientes que ha visitado a lo largo de la semana. Aunque antes, aprovechando los primeros compases del nuevo día, momento que aprovecha "para pensar y ordenar la vida", se descubre ante el periodista como hombre y como científico en un diálogo presidido por su escrutadora mirada azul y una voz templada de la que

fluye un discurso reflexivo y maduro como el caudal de un río viejo.

Conversar con Fuster en estos momentos supone toparse con la pasión y la ilusión del investigador que, tras más de 30 años trabajando en Estados Unidos, vuelve a España con las ganas de un becario para presidir el Centro Nacional de Investigaciones Cardiovasculares (CNIC), un proyecto que, gracias al esfuerzo conjunto entre el Ministerio de Sanidad y cinco empresas

españolas, puede convertirse en unos años en el gran centro de referencia cardiológico en Europa. Es oyéndole hablar sobre la necesidad de ayudar a las nuevas generaciones de investigadores con centros como éste cuando más perceptible es su talante altruista, la seña más íntima de un buen hombre, de un excepcional médico que, a los 63 años, sigue escalando con su bicicleta puertos de montaña del Tour de Francia con el mismo tesón que han marcado su trayectoria científica y humana. ▶

“Si pensara jubilarme me iría a Florida”



VALENTÍ FUSTER, EN SU DESPACHO EN EL INSTITUTO CARDIOVASCULAR DEL HOSPITAL MOUNT SINAI, EN NUEVA YORK.

EN PORTADA | VALENTÍ FUSTER, A CORAZÓN ABIERTO

No conozco una maravilla semejante a la del corazón. La tragedia es que no dejamos de estropear esta joya, de martillearla”

Su amigo y colega Joan Massagué, premio Príncipe de Asturias como usted, asegura que no existe la fuga de cerebros en España. “La mayoría están aquí, pero mal atendidos, descuidados, sin los medios e infraestructuras necesarias”, dice. ¿Tan mal está la ciencia en nuestro país?

Yo creo que sí hay fuga de cerebros y que, además, en España no se ha facilitado una estructura capaz de ofrecer opciones a la gente joven con talento. Uno tiene la impresión de que ciencia, investigación y universidad no han sido durante gran parte del siglo xx prioridades. Afortunadamente, las cosas están cambiando y si uno evalúa lo que ha sucedido en España en los últimos cinco o diez años se da cuenta de que pronto vamos a llegar a que el individuo joven con talento pueda encontrar los tutores y el ambiente propicios sin emigrar.

¿Tan importante es para usted la dirección de los primeros pasos?

Descubrir por dónde debe ir uno es la inversión más importante que puede hacerse en la vida, porque la sociedad cambia continuamente, pero el que no cambia eres tú. Si encontrar el talento más íntimo da fuerza, seguridad y vigor, encontrar buenos tutores es vital, un hallazgo de valor incalculable si éstos perduran en el tiempo.

¿Cuál cree que es el primer paso que debe darse en España para propiciar un cambio en el ámbito científico?

Crear una infraestructura más favorable para la gente joven, cosa que no necesariamente debe traducirse en dinero, sino en esfuerzo y cambio cultural.

Nunca deja la oportunidad de romper lanzas a favor de la gente joven.

Es una cuestión personal. Hay gente que vive frustrada toda la vida porque cuando fueron jóvenes no tuvieron una oportunidad, ya sea en su casa o en la escuela.

En mi caso fue todo lo contrario: desde muy joven fui una persona tremendamente afortunada, con tutores muy importantes que me dijeron cuál era el camino a seguir y sin los cuales yo no sé dónde estaría hoy. De ahí la importancia de que te descubran y de que te tracen el camino. Por eso siempre tuve claro que el día que tuviera la posibilidad de hacer algo por la gente joven, ésa iba a ser una misión principal en mi vida, porque yo tuve la suerte de vivirlo. Soy consciente de que es casi una cuestión psicoanalítica, pero que explica mi obsesión por encaminar a la gente joven.

Juan Carlos Izpisua ha afirmado que el Centro Nacional de Investigaciones Cardiovasculares (CNIC), del que usted preside el Comité Científico de Asesoramiento y Evaluación, “ha sentido el paradigma de cómo se debe hacer ciencia en España”, al combinar inversión pública y 170 millones de euros de financiación privada en los próximos diez años. ¿Está de acuerdo?

Sin ninguna duda. El dinero estatal es imposible que pueda cubrir la necesidad de investigación, por lo que si no contamos con dinero privado va a ser imposible su desarrollo. Yo estoy esperanzado y considero que estamos entrando en lo que Izpisua quería decir, en un cambio cultural importante, por lo que bien puede afirmarse que el CNIC es la evidencia de que algo está empezando a cambiar.

Su implicación con el CNIC va a cristalizar su tan esperada vuelta a casa, un retorno que coincide con el de otros científicos españoles de prestigio como el propio Izpisua o Joan Massagué.

Conozco de forma muy cercana a los dos y creo que, tanto en su caso como en el mío, existe un elemento común: hemos aprendido muchas cosas que nos gustaría poder transmitir. Tras 35 años fuera de España,

con mucha franqueza le diré que esta necesidad de volver a tu propio país disminuye al cabo de cinco o diez años. Si usted me pregunta dónde está y dónde estará mi casa, yo le responderé que en Nueva York. Se lo digo porque esto explica por qué en cierta manera uno intenta volver de nuevo.

También es una buena explicación para quienes pueden llegar a pensar que ha vuelto a España para retirarse...

Los que me conocen nunca dirían eso, porque el retiro o la jubilación no tienen cabida en mi diccionario. Sólo la enfermedad podría jubilarme y eso es algo que yo no puedo prever. Mis familiares saben muy bien que si llego a los 80 años y sólo sirvo para, por ejemplo, trasladar enfermos de un hospital a otro, lo haré, sirviendo a la sociedad con esa capacidad. Lo que le inten-

to explicar es que no creo que ni yo ni el resto de los que un día nos fuimos de España volvamos para retirarnos. Además, si el retiro fuera mi objetivo, el destino sería Florida.

Paradójicamente, ahora sabemos más sobre el corazón y cómo tratar sus afecciones pero también es cuando más muertes se producen por enfermedades cardiovasculares. ¿Qué está fallando?

La prevención. Yo disfruto investigando, pero uno se ve en la obligación de prevenir la enfermedad, entre otras cosas porque la prevención no está suficientemente valorada. A la prevención se dedica menos del 1% de los presupuestos de investigación.

¿Le frustra esta realidad?

Si de algún lado viene la frustración es del hecho de que estamos tratando la enfer-

medad cuando ya ha aparecido, lo que es costoso y hace que se prime el énfasis en el tratamiento, cuando lo óptimo sería redoblar esfuerzos en prevenirla. ¿Llamamos a esto frustración? No sé si puede llamarse así, pero sí es un hecho irrefutable que si no prevenimos la enfermedad esto va a tener un impacto mundial impresionante en el futuro, tanto en los países desarrollados como en los más pobres. Sólo un dato: en 1990 las enfermedades cardiovasculares segaron la vida de 14 millones de personas en el mundo; para el 2020, esa cantidad se habrá elevado a 25 millones. Eso significa que en los países desfavorecidos la mortalidad cardiovascular se duplicará, mientras que en los países ricos crecerá un 20%.

Prevenir también supondría llegar a vivir 120 años o más, ¿no es cierto?

Efectivamente, lo que también implicará encaminarnos hacia una sociedad más sana, en la que se pueda funcionar a nivel más social cuando uno se retire o se jubile. Yo me imagino a individuos de 70 u 80 años útiles para la sociedad. Usted ha apuntado en cierta manera el campo que, hoy por hoy, centra toda mi curiosidad científica: reflexionar ante la maravilla del corazón, un órgano que late 70 veces por minuto durante muchos años, que no necesita repararse ni revisarse ante posibles errores. Le confieso que gran parte de mi fe se deriva de esta maravilla.

Comprender todos los recovecos del corazón, ¿qué le ha aportado como persona? Yo no conozco una maravilla semejante a la del corazón, lo que me ha hecho una persona más humilde, sobre todo cuando uno ▶



EN PORTADA | VALENTÍ FUSTER, A CORAZÓN ABIERTO

se da cuenta de lo poco que sabe sobre un órgano con un mecanismo extremadamente complejo que se mueve a la velocidad que se mueve, que tiene cuatro válvulas que constantemente se abren y se cierran, y que se pone en marcha simplemente por un impulso eléctrico. Esto describe en un fognazo la maravilla del corazón, para mí la más importante del organismo humano. La tragedia es que no dejamos de estropear esta joya, de martillearla.

Un ejemplo de ese maltrato prematuro es la obesidad infantil. El 11,1% de los niños españoles entre dos y cinco años es obeso, mientras que entre los seis y los nueve años esa cifra alcanza el 15,9%. La pregunta clave ante esta realidad es cómo podemos cambiarla, lo que nos sitúa ante un compromiso sociológico, político y económico esencial si se quiere frenar el avance de la obesidad tanto entre la población infantil como entre los adultos.

Su respuesta destila cierto pesimismo. Es que quien crea que la obesidad infantil puede solucionarse llegando al adulto y cambiando las actuales pautas en 10 años es que no conoce la complejidad de esta enfermedad, que sólo podrá superarse en varias generaciones y logrando que los niños, desde temprana edad, asimilen pautas de vida saludable. La idea es que adopten una norma de vida higiénica y saludable, un contrapunto a esta sociedad de consumo que lo único que consume son células cerebrales.

En ese esfuerzo por promocionar hábitos de vida saludables, toparse con compañeros de viaje como Ferran Adrià, con el que se ha asociado en la Fundación Alicia para promover el buen comer entre grandes y pequeños, debe de ser un lujo. ¿Cómo surge esa asociación?

Para lograr cualquiera de estos objetivos

Cada año me preparo para subir en bicicleta un puerto de alta montaña del Tour de Francia. En 2006 me toca el Puy de Dôme”

hacen falta individuos que sean expertos en muchos campos y con una conciencia común frente al problema, al tiempo que sean capaces de asociarse en un objetivo concreto. Adrià y yo compartimos la misma preocupación por la nutrición y la salud.

¿Y cómo es trabajar con el considerado cocinero más influyente del mundo?

Nos entendemos muy bien, entre otras cosas porque hay muy buena química entre ambos. Él es un hombre de la calle, muy pragmático, lo que hace que sea muy sencillo enfocar su impresionante genialidad a este objetivo concreto.

¿Cuál es su opinión acerca de la nueva ley antitabaco en España?

El tabaco es la causa número uno de la mortalidad en el mundo y el que usted fume le está causando un mal a su vecino. Económicamente tiene un impacto en la sociedad impresionante y las compañías tabacaleras están enseñando a sus hijos a que fumen sin que usted se entere... Ante estas palabras mayores, ¿qué cree que va a opinar alguien como yo si me pregunta sobre la nueva ley? ¿Que ataca la libertad personal? ¡Por favor! Uno puede tener la opinión que quiera, pero que haya una conciencia política para frenar el tabaquismo creo que es algo muy importante.

Otra de las constantes de su discurso es la lucha contra el sedentarismo...

La gran paradoja en el mundo de consumo en el que vivimos, y que yo veo cada día en los individuos de Wall Street, es que no se invierte en salud. Es curioso que hoy en día todo el mundo va con prisas, pero en el momento que uno no anda y se sienta, lo que genera es una situación de sedentarismo y la claudicación ante la tecnología. Y eso es una bomba de relojería para la salud.

No es su caso, ya que a pesar de su apretada agenda, no deja pasar la oportunidad de prepararse físicamente para escalar en bicicleta los puertos de montaña del Tour durante sus vacaciones.

Cada año me preparo físicamente entre enero y agosto para subir un puerto de montaña de la ronda francesa. Para mí, hacer esto cada año supone una gratificante escapada hacia la naturaleza y la libertad, un respiro teniendo en cuenta el mundo actual en el que vivimos y del que somos absolutamente prisioneros.

Pero el Tourmalet o el Galibier son palabras mayores. ¿Cómo consigue ascender esos puertos que para la gran mayoría de los mortales son misión imposible? Mucha gente me pregunta lo mismo, pero la respuesta es más sencilla de lo que parece: creo que la gente no entiende que si uno es sereno, y se prepara, puede hacer cualquier cosa que se plantee en la vida.

¿Qué puerto prepara para 2006?

El único que me queda: el Puy de Dôme.

¿Cuál es la fuente donde Valentí Fuster encuentra su fuerza y su equilibrio?

No es una, sino dos fuentes. La primera es ser consciente de que estoy haciendo lo que me gusta, es decir, que no entro en la neurosis de, ambiciosamente, hacer algo a lo que uno no puede llegar. El segundo factor clave para mí es la familia. Estoy casado con la misma persona hace 37 años, tengo ▶

Uno puede creer lo que quiera, pero que haya una conciencia política para frenar el tabaquismo creo que es muy importante”

EN PORTADA | VALENTÍ FUSTER, A CORAZÓN ABIERTO

Sentirse lleno interiormente es imposible si uno va corriendo a todos sitios y no tiene tiempo para nada. Si eso es así, usted no es feliz”

un hijo y una hija a los que considero mis mejores amigos... Lo que usted me plantea, dónde busco y encuentro mi serenidad personal, yo lo defino con un término inglés: *fulfillment*, que significa sentirse lleno interiormente, algo que es imposible si uno va por la vida corriendo a todos sitios y no tiene tiempo para hacer nada. Si eso es así, usted no es feliz; usted es un caso neurótico errático.

Duerme apenas cuatro horas, los sábados y domingos a las cinco de la mañana ya está en su despacho del hospital Mount Sinai...

Vivimos en un mundo muy loco en el que no hay tiempo para nada. Hay mucha gente que vive estresada hasta el límite y a la que le iría mucho mejor pararse a meditar, y no sólo para proteger su corazón, sino para saber lo que es vivir realmente. En mi caso, me gusta hacer las cosas con tranquilidad. Eso supone restar horas al sueño, una costumbre que ya sea porque la he puesto en práctica siempre o porque estoy preparado genéticamente para dormir poco, me permite hacer otras cosas, como, para comenzar, pensar. Muchos lectores creerán que estoy loco cuando sepan que duermo sólo cuatro horas, pero teniendo en cuenta que para buena parte de la sociedad la vida media diaria delante de la televisión es de tres horas, yo me pregunto si eso no es estar aún más loco.

De Valentí Fuster no sólo se valora su trayectoria científica, sino también su profundo sentido ético. ¿Considera que el altruismo está por encima de todas las bondades?

Devolver es una faceta fundamental en mi vida, lo que me reporta una gran tranquilidad y plenitud interior al confirmar que estoy aportando a la sociedad algo que, tal vez, es necesario. Las personas que sólo trabajan para sí mismas son vulnerables, sobre



todo porque llega un momento en el que son conscientes de que ya no pueden seguir contribuyendo más a su ego. En mi caso tengo que dar gracias a la sociedad por la suerte que he tenido y la única manera de agradecer es dar.

¿Su predisposición a la comunicación humana explica que compagine la investigación en el laboratorio con la consulta a los pacientes?

Sí, aunque no debería tener nada de extra-

ño ese interés por los pacientes, entre otras cosas porque la curiosidad es la raíz de la investigación a todo nivel, ya sea aplicándola a una célula en el laboratorio o a un ser humano.

Usted ha tratado a figuras de las artes a las que ha podido salvar la vida o, al menos, añadirles años de vida. Por ejemplo, al escritor José Luis Sampedro y al cantante Carlos Cano. ¿Cómo recuerda aquellos tratamientos?

Creo que los recuerda más la gente que yo, entre otras cosas porque yo he tenido miles de casos además de ellos, aunque sí es cierto que a ambos, de una forma distinta, les tenía mucho aprecio. Claro, Sampedro y Cano eran noticia en España, pero yo le podría hablar de cantidad de gente que no conoce nadie pero que para mí han sido una fuente de inspiración. En mi interior guardo el legado de pacientes anónimos a los que nunca olvidaré.

Uno tiene la sensación de que no hay nada que haya pretendido que no haya logrado.

Ante esta cuestión hay una cosa muy importante y es que para mí no es muy difícil recordar qué es lo que pasó ayer. El lograr algo no dura un día sino que es una labor constante que no tiene fin, a excepción de la muerte o de la incapacidad por enfermedad. No tengo, por tanto, una visión de que haya una meta en la ciencia que haya que alcanzar. No, se trata de un continuo, de ahí que hablar de logros y conquistas es equivocado. Estamos en camino, eso es todo. Yo valoro mucho el concepto de Pierre Teilhard de Chardin, teólogo y antropólogo francés que hablaba del *punto omega*: la progresión hacia un mundo más perfecto a pesar de todos los problemas que nos rodean. Ese es mi objetivo en la vida y en la ciencia: no hay una cosa que se termine, todo es un camino por hacer. ♦

La progresión hacia un mundo más perfecto a pesar de todos los problemas que nos rodean. Ese es mi objetivo en la vida y en la ciencia”

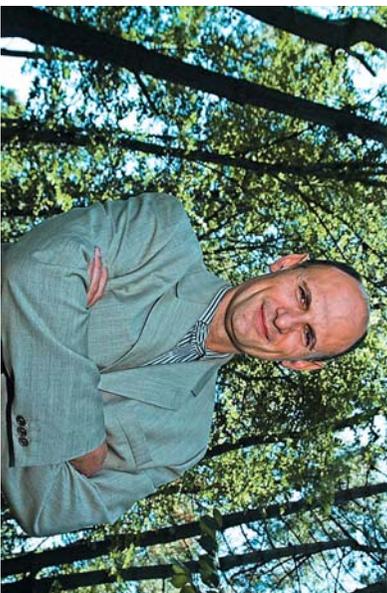
EN PORTADA | VALENTÍ FUSTER, A CORAZÓN ABIERTO

Cerebros que vuelven a casa

Salieron de una España que ninguneaba la investigación biomédica para explotar su talento en el extranjero. Ahora regresan convertidos en figuras de prestigio. Por D. R.

Massagué, Badimón, Barbacid, Peruchó, Izpisua... son apellidos míticos en la historia reciente de la ciencia española que vuelven a ocupar un digno y legítimo espacio en su país. El reciente regreso de Valentí Fuster a España como cabeza visible del Centro Nacional de Investigaciones Cardiovasculares (CNIC) ha supuesto la confirmación definitiva de una tendencia halagüeña que se intuía en los últimos años —el retorno a España de científicos de renombre—, pero que por ser un sueño de altura nadie se atrevía a formular no fuera que, como un espejismo, se desdibujara por completo.

Sin embargo, la política de recuperación de cerebros aplicada en los últimos años por el Gobierno y por algunas comunidades autónomas ha trazado las bases para convertir esa posibilidad remota en una realidad. En ese proceso de retorno de la diáspora, el madrileño Mariano Barbacid, una de las máximas autoridades internacionales en el cáncer y codescubridor del primer oncogen humano, tendrá siempre un lugar de honor desde que, en 1998, aceptó la creación y dirección del Centro Nacional de Investigaciones Oncológicas, un ambicioso



Fotografía A Aksel



Fotografía, Diana Bondareff

ARRIBA, JUAN CARLOS IZPISUA, ESPECIALISTA EN EL DESARROLLO DE EMBRIONES Y, DEBAJO, JOAN MASSAGUÉ, DESTACADO INVESTIGADOR DEL CÁNCER.

proyecto que logró rescatar al oncólogo tras 24 años de trabajo en Estados Unidos.

Un caso parecido sucedió con la cardióloga especializada en arteriosclerosis y colega de Valentí Fuster en el Mount Sinai, Lima Badimón, quien aceptó el encargo de regresar a España para trabajar primero en el CSIC y tirar adelante posteriormente el Institut Català de Ciències

contribución en la lucha contra el cáncer y elegido recientemente premio Catalán del Año por 'El Periódico de Catalunya'. Y es que este barcelonés de 53 años aceptó hace apenas cinco años la presidencia del comité científico asesor del Institut de Recerca Biomèdica de Barcelona, para acabar dirigiendo en este centro, ligado al Parc Científic de Barcelona, un grupo de investigación sobre metástasis.

Alejado del ámbito de la investigación científica, pero muy cerca geográficamente de Massagué, estará Juan Carlos Izpisua. Este albaceteño de 46 años que un día emigró a EE UU, conquistó el Instituto Salk en La Jolla (EE UU) y se convirtió una de las referencias mundiales en el desarrollo de los embriones. Izpisua será el encargado de dirigir el Centre de Medicina Regenerativa de Barcelona (CMRB), centro creado expresamente para la investigación con células madre embrionarias y que, aunque ya ha dado sus primeros pasos, empezará a funcionar a pleno rendimiento este año. Izpisua es un ejemplo más, el último, del goteo de científicos españoles que vuelven a su país para, si todo va como está previsto, no volverse a ir.